

las axiomas triviales, todas las calumnias absurdas, que ora se dirigen contra un individuo, ora contra una categoría social.

Examinemos de qué suerte califican al poeta cada una de las distintas fracciones del vulgo.

Para el pueblo, el poeta es el hombre que hace coplas.

Para el comun de las gentes, es el hombre que hace versos.

Para la mujer, es el hombre que sabe decir cosas bonitas.

Para nadie, es el mortal inspirado por la divinidad.

Así, después de hablar tanto de su misión, no se le otorga ya ninguna; después de haber llamado á la facultad poética arte sublime, se la llama oficio mecánico; en fin, después de premiarle con laureles, se le premiará ya con empleos!

Larguísimo es el catálogo de las tribulaciones y contrariedades á que está condenado el poeta solo por serlo.

Si jura y protesta su amor á alguna mujer, se le responde con una sonrisa de incredulidad.

¡Poeta!

Esto es, embustero.

Si discurre sobre una cuestión abstracta, si ratiocina sobre un punto cualquiera de la doctrina política, todos se encogen de hombros, murmurando también:

¡Poeta!

Esto es, ¡loco!

Y en las diversas materias, y en los asuntos diversos, y en las tesis diferentes sujetas á la discusión general, ó se desconoce su competencia ó se niega su razón. En suma, á los poetas se les impone la poesía á perpetuidad, y júzgame que todo lo contemplan al través del engañoso y dorado prisma de la ilusión, cuando precisamente ellos son las víctimas de este erróneo sistema óptico.

Refiere uno de los biógrafos de Voltaire cierta curiosa anécdota de la que no es difícil hallar ejemplos todavía. Hallábase el célebre filósofo en su residencia de Ferney; pero hacía una vida sumamente retirada y oscura; de suerte, que no eran pocos aquellos de sus vecinos que ardían en deseos de conocerlo. Entre todos distinguíase una señora, grande admiradora del poeta, y que le imaginaba como es costumbre entre el vulgo, joven, pálido, rubio, sentimental y triste. Tanto trabajó la buena provinciana por ver al héroe de sus sueños, que logró seducir á la criada de Voltaire para que la escondiese un día en el jardín, y la dejara desde allí contemplarle á su sabor mientras se paseaba. Hizose así en efecto; y ¡cuál fué la sorpresa, el disgusto de la dama, al encontrar á un hombre ya maduro, y no bello ni elegante! Poco después vino su cómplice á conducirla á un pabellón, al través de cuyas cortinas podía ver al autor de *La Henriada*, que acababa de sentarse á la mesa, y se servía un enorme plato de sopa. Entonces llegó al extremo el asombro de la admiradora, quien exclamó con un acento soberano de indignación y desprecio:

—¡Y come! ¡Y come! ¡Y come!!!

En seguida, no queriendo aguardar más, echó á correr completamente desilusionada.

Algo muy semejante sucede en el día; á la multitud le cuesta trabajo comprender que el poeta es un hombre como todos, con sus mismas pasiones, con sus mismas necesidades, con sus propias aspiraciones; y el que le llama coplero, como el que le llama poeta, sin reconocerle superioridad, le atribuye otros hábitos, otros instintos, otra naturaleza más grosera y menos delicada.—Que en esto solo se diferencian los contemporáneos de Voltaire y nuestros contemporáneos; aquellos sublimaban al genio; estos lo materializan y rebajan.

Hemos considerado una faz sola de la vida literaria: las restantes no están exentas, sino por el contrario, más llenas aun de sinsabores y pesares.

Hablemos del autor dramático.—¿Quién no conoce la existencia azarosa de ese hombre, tan pronto enaltecido por la multitud como castigado por ella misma; tan pronto coronado como escarnecido; juguete hoy de una cábala, víctima mañana del mal humor del público? Aseméjase su suerte á las olas del proceloso mar, que ya parecen tocar en la celeste bóveda, ya hundirse en lo más profundo de horriblos abismos.

Afanés eternos, interminables luchas; hé aquí resumida en breves palabras la vida entera del autor dramático. La ignorancia y la malevolencia suelen armarse para combatirle; la crítica mordaz y apasionada desahogar con él las malas pasiones de que se nutre; y la impotencia envidiosa y maligna suscitarle casi invencibles obstáculos. Así se gasta su fuerza, y su energía decae, y su genio se abate, y su fé sucumbe; y en vez de volar como el águila impávida y orgullosa por el espacio inmenso, marcha vacilante, presa de mortal desaliento.

¡Y cómo crecen, cuán se multiplican, cuánto se agravan estos percances, si el escritor se propone atacar de frente los vicios y ridículos de la época, y pintar las costumbres en toda su desnudez y en toda su verdad! Entonces principian las aplicaciones, los ejemplos, las personalidades.—A los caracteres nobles y elevados nadie les encuentra ti-

po; en las caricaturas risibles ó grotescas todo el mundo cree descubrir los originales. Achaque es ya antiguo este, como que Moliere y Beaumarchais de él se quajaban altamente, sin que fueran capaces de remediarlo; más nada ha perdido de su indole por la fecha; la malicia, que en vez de amenguarse, todos los días se aumenta, sigue buscando mezquino origen á aquello que lo tiene muy grande; porque tanto como es miserable intento el de mortificar y escarnecer á un individuo determinado, es digno de alta loa el querer corregir ó mejorar á la humanidad entera.

Si fuésemos á traer ejemplos, infinitos podríamos citar aquí: nunca faltan algunas de esas almas piadosas, cuya fruición más dulce es infundir la sospecha y llevar la calumnia á los corazones menos desconfiados. Ellos harán creer á la mujer á quien tal vez ama el autor, que la escogió por modelo al bosquejar una despreciable coqueta; ellos dirán al ministro, del cual acaso depende el poeta, que le retrató aquel al pintar un gobernante torpe ó inmoral, con la santa intención de que en castigo le destituya; ellos, por último, inventarán alguna deshonorosa mentira, que, semejante á esas bolas de nieve desprendidas de las montañas, recogerán y se engrosarán á su paso con todas las mil pequeñas invenciones de los tontos y de los desocupados.

¡No basta este cuadro, verdadero y fiel por desgracia, para dar una idea de lo que es esa existencia tan brillante y tan feliz, según algunos? Si descendiésemos á los pormenores, si como en globo las hemos considerado las describiésemos en sus episodios y en sus incidentes, aun se comprendería mejor la oportunidad de la sentencia que escribimos al frente de este artículo.

No olvidemos al crítico, otro de los individuos de la familia literaria cuyo destino no es tampoco muy próspero ni envidiable. La generalidad se lo representa ceñudo y feo, de áspera voz y altivos ademanes; de mirada torva y sonrisa siniestra; en fin, copia y trasunto de los *dómínes* de aldea.—De modo que ni siquiera tiene la ventaja, como el poeta, de que la imagine nadie de agradable ni de simpático aspecto, y por esto mismo se abriga hácia él una prevención adversa.

Si el crítico es severo, se le llama pedante; si es blando, se le llama incapaz; si censura, se busca el secreto de su dureza; si aplaude, se atribuye á pandillaje ó á amistad. Ninguno de los dos satisface ni contenta nunca: aquel porque no elogia, este porque no elogia bastante. Y después, las interpretaciones, y las omisiones, y las retenciones, y el más y el menos, y las antipatías, y las preferencias... ¡Y de todo esto los rencores, de aquí las vergajzas! ¡Infeliz del crítico si es además autor dramático! ¡El uno pagará en su día las culpas que haya cometido el otro! Es pues la vida literaria como esos lagos limpidos y serenos, cuyas aguas azuladas reflejan el espléndido sol, las rielantes estrellas, ó los verdes árboles. ¡Qué diferencia, sin embargo, entre su superficie y su fondo!—¡Profundícase un poco en él, y toda su belleza desaparecerá, y el líquido espejo revuelto y agitado, no reproducirá tampoco ninguna de las maravillas de la creación!

RAMON DE NAVARRETE.

## MIRANDA DE EBRO.

Como sucede con la mayor parte de las poblaciones antiguas, la época de la fundación de la villa de Miranda de Ebro es oscura y dudosa en extremo.

Un historiador afirma que fué edificada doscientos años antes del nacimiento de Cristo; pero otros, y es lo más cierto, convienen en que si existía en tiempo de los romanos en el lugar que hoy ocupa, debió de ser poco notable, porque no se sabe el nombre con que se la distinguiera y conociese, por más que algunos hayan conjeturado diversas deducciones á ella de ciudades mencionadas por los geógrafos.

En apoyo de lo que acabamos de espresar milita la poderosa razón de que en su suelo no se encuentran monedas, rastros, ni vestigios de la época del pueblo Rey, según sucede en Cabriana y Arce-Miraperez, que distan menos de una legua, en cualquiera de los cuales se levantaría la villa, aunque con otro nombre, en aquella remota época.

Las vicisitudes de la misma han sido bastantes, y varia su importancia y decadencia.

En el siglo VIII se despobló por efecto de las guerras y trastornos que hubo entonces, y sus pocos moradores se establecieron en la Nave de Albura, pueblo situado en la ribera meridional del Ebro, cerca de la embocadura del Oron; pero no tardó en repoblarse y engrandecerse, mayormente desde que el rey de Castilla D. Alonso VI la dió en enero de 1099 su correspondiente carta puebla; fuero que aumentó Don Sancho III el día de San Martín de 1157, y que mejoró D. Alonso VIII en diciembre de 1177; el cual, que comprendía el de Logroño, eximia á los vecinos de mortura, sayonía y vereda, de fonsado, atubda y mañeria, de los fueros malos de fonsadera, batalla, calda y pesquisa, y de los pechos de portazgo, peage, recoage, rasura, otura y montaz-